

LA REALIDAD QUE VIVIMOS**FICHA: LA REALIDAD QUE VIVIMOS****ANEXO****LA CIUDAD DE LA TRISTEZA**

La ciudad de nuestra historia estaba en problemas.
Era una ciudad grande, abierta, llena,
rebosante de gente, de vida, de actividad.
Aparentemente, no sucedía nada extraño.
La gente seguía comprando y vendiendo, trabajando y comiendo,
viajando y descansando.
Pero, sin embargo, la ciudad estaba en problemas...

En medio de la actividad habitual,
personajes diferentes, ricos y pobres, guapos y feos,
altos y bajos, jóvenes y viejos, trabajadores y hombres de negocios,
dueñas de casa y niños de la calle,
iban perdiendo vida poco a poco...
En medio del ritmo frenético y acelerado,
había lugares, casa, parques, calles,
que comenzaban a volverse grises.
Y los que los habitaban empezaban a decaer
y nada ni nadie podía reanimarlos.

Era difícil explicar qué era eso de "perder vida".
Algunos veían, que, de pronto, el mundo se volvía gris.
No es exactamente gris, porque el gris es un color.
En realidad, era como que las cosas dejaban de ser tan nítidas y tan claras.
Parecía no haber color en absoluto.
Y los que descubrían este fenómeno,
comenzaban a sentirse pesados, desganados, sin fuerzas.
Ya no podían mirar a los demás,
inclinaban la cabeza y la mirada hacia sí mismos,
y perdían las ganas de comer, de luchar y de amar.

Algunos observadores comenzaron a dar la voz de alarma.
"¿Qué está pasando en la ciudad?", decían.
"Cada vez son más los lugares grises.
Cada vez hay más personas desanimadas.
Parece que la vida se les escapa poco a poco.
Esto parece ser una epidemia."

Pero los que se contagiaban de la enfermedad lo negaban:

“Esto es absolutamente normal.

Los que siembran la alarma son unos nostálgicos.

Hablan de unos colores que nunca han existido,

y de una vida que no existe.

No tiene nada de malo el gris,

ni el mirar sólo hacia uno mismo.

Luchar no merece la pena,

y soñar es una ilusión.

No hay aquí ninguna epidemia”.

Los que no estaban contagiados observaron

que una de las primeras fases de la enfermedad

consistía en perder la capacidad de descubrirla.

Cuando uno se enfermaba,

estaba firmemente convencido de que estaba sano,

que las cosas eran así como las veía

y que no había otra forma de mirar, ni otro color, ni más vida.

Así que reunieron una convención

con los doctores más importantes de la ciudad.

Después de días y noches de reuniones,

de contrastar los síntomas, de analizar la enfermedad,

diagnosticaron que a la ciudad se la estaba comiendo la tristeza.

La ciudad vivía una plaga de tristeza.

Pero no lograron averiguar la causa de esa plaga.

Preocupados, acudieron al Señor de la ciudad.

“Señor” dijeron, “hemos descubierto el mal que aqueja a nuestra ciudad.

Se llama tristeza. Pero no sabemos qué es lo que la causa,

y, por tanto, tampoco podemos encontrar la cura.

Pero, si la tristeza continúa invadiendo la ciudad,

dentro de poco no habrá nadie que no esté sujeto a su dominio”.

El Señor quedó muy consternado.

“Todo vuestro saber, doctores, ¿no alcanza para curar ni a uno solo?”

“No, Señor”, contestaron. “Podemos dar remedios que les ayuden a sobrevivir:

píldoras, diversiones, cosas, actividades, entretención.

Pero hemos comprobado que esos remedios no sólo no les curan,

sino que, después, hacen más grave y más profunda y sin esperanza

la tristeza. Nada se puede hacer sin conocer las causas”.

El Señor, entonces, reflexionó unos instantes.
"Nuestra única salvación, entonces, es enviar exploradores.
Hombres y mujeres dispuestos a internarse en la ciudad
y descubrir las causas de la tristeza. ¿Quién estará dispuesto a ello?"

Los doctores se miraron consternados. Era una misión difícil.
Los exploradores corrían el riesgo de verse contagiados por la tristeza.
Sin embargo, no tenían otra solución.

El Señor dijo:
"Yo mismo les acompañaré para ayudarles.
Pero ellos tendrán que ser muy fieles y no decaer en la búsqueda.
El futuro de la ciudad depende de ello.
Mañana les daré la lista de los elegidos."

Cuando, al día siguiente, el Señor les entregó la lista,
los doctores quedaron aún más asombrados.
Esperaba que hubiera nombrado a los grandes héroes y sabios de la ciudad.
Sin embargo, el Señor eligió a jóvenes que ninguno de ellos conocía.
Llamó a ... (*nombres de los jóvenes del grupo*)
y a sus compañeros. Los organizó en grupos de cinco
y les encomendó la misión. Pero antes les dio algunas instrucciones:

"Lo más importante para llevar a cabo esta misión", les dijo,
"es tener el corazón y la mirada limpios. Los que saben mucho
no pueden hacerlo. Siempre encontrarán lo que quieren encontrar.
Por eso, lo que deben hacer para tener éxito
es llevar la mirada de un niño.
Abran bien los ojos y los oídos y olviden lo que ya saben.
Dejen que su mirada, su corazón y las personas con las que se encuentren
les guíen en su búsqueda.
Y aún hay otra cosa importante", añadió.
"Han de creer con el corazón que de su misión depende el futuro de la ciudad.
Han de trabajar como si de esta búsqueda dependiera su vida
y la vida de los que ustedes aman. Porque así es.
Han de estar unidos y trabajar juntos,
porque de todos y cada uno de ustedes
depende el éxito de la misión.
La tristeza de la ciudad no se sanará sin el trabajo de cada uno de ustedes".